

El *Quijote* y la imaginación infantil: el poder del cambio social está en nuestra capacidad de soñar

Luis Carlos Salazar Quintana*

Durante el año 2005 se conmemoró el cuarto centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote* de Miguel de Cervantes. La celebración fue un acontecimiento mundial, pues se realizaron congresos, encuentros de especialistas, talleres y coloquios para ahondar en los múltiples aspectos que entraña el estudio de esta novela central de la literatura moderna. Así, a lo largo y desde el 2005, se han discutido diversos aspectos

concernientes a la vida de Miguel de Cervantes, su postura religiosa, su ideología política, su pensamiento filosófico, su formación literaria, entre otros temas, y se han aportado preciosos y precisos datos sobre el contexto histórico y cultural en el que surgió esta novela.

Si tal gama de estudios nos permite ver los múltiples saberes implícitos en la lectura del *Quijote*, ¿por qué al mismo tiempo esta obra resulta poderosamente atractiva para los niños? La respuesta habría que encontrarla tal vez en la función imaginativa que cumple el texto cervantino. En efecto, las funciones del *Quijote* como imaginación son múltiples: liberación de energía, necesidad de



distensión y relajamiento, preparación para un mundo posible, autodominio de nuestras pasiones, desviación inocente de instintos peligrosos, forma de evasión, satisfacción de deseos irrealizables, autoconfirmación del sentimiento de personalidad. En lo que sigue, nos ocuparemos de analizar algunas de las propiedades diferenciales del ser infantil del *Quijote*.

En principio, creo que un *Quijote* leído por los niños les permite asumir la lectura

del texto como una experiencia lúdica y significativamente creativa, pues el niño ve en las andanzas quijotescas no sólo una serie de aventuras cómicas y sorprendentes, sino substancialmente, la posibilidad de un juego que los prepara para integrarse a la vida. Los niños logran identificarse con el personaje manchego, porque éste es capaz de asumir la vida como un desafío, una competencia que implica la posibilidad de ganar y perder. En estos términos, el niño prueba sus facultades físicas y espirituales en espacios imaginarios —las ventas, el campo abierto, los caminos, la Sierra Morena, las aventuras del mar— igual que lo hace don Quijote no obstante su magra condición. El niño, más

He dicho que el realismo que retrata el *Quijote* es un realismo esencial. Esto quiere decir que la novela no sólo analiza lo real; tiene el objetivo de parecerse en todo a lo real.

que el adulto, sabe comprender que la fortuna de nuestro personaje no reside en el hecho de salir vencedor de sus batallas, sino en ir modelando su estrategia de lucha conforme avanza su camino. El adulto juega generalmente a ganar, pero el niño lo hace disfrutando sus tropiezos, hasta el punto de reírse de éstos; podríamos decir que al infante le gusta probar en cada momento sus propias facultades y limitaciones, tanto que al lograr dominar su juego, termina por buscar un nuevo desafío. En otras palabras, la seriedad solemne del adulto ganador, en el niño se vuelve un campo de probabilidades, de riesgos y posibles triunfos.

Por otro lado, este magnífico libro reúne dos características que lo han convertido en un clásico, tal es el minucioso realismo de su contenido y el incesante artificio de su ejecución. De las dos se desprende el poder modelizante de la novela por doble partida: un realismo que se ha dado en llamar “esencial” sobre la base, ya no de su contenido, sino de la forma como se nos cuenta una historia. Este libro ha prefigurado así la evolución del género novelístico, lo cual ha sintetizado una dialéctica, dos ideologías que en el decurso de los siglos se presentan como polos de una contradicción: la realidad y la imaginación.

Y es que a través de esta forma narrativa Cervantes inaugura en efecto un nuevo género: la novela. Tal condición, si la trasladamos a la experiencia lectora infantil, se intensifica en virtud de las fuerzas imaginativas que posee el niño, así como su capacidad de transitar indistintamente entre espacios divergentes: ya no sólo entre la realidad y la ficción, sino también entre la seriedad y la comicidad, la solemnidad y el carnaval, el ritual y la fiesta. En este sentido, la narración del *Quijote* va llevando al niño a ciertos hábitos de pensamiento, desarrollando con ello su inteligencia del mundo. El significado de la aventura, el símbolo de la vida como un camino, el valor de la lucha y la importancia de permitirse probar en el mundo la dimensión de los sueños, serían algunos de estos valores.

En la entraña de este magnífico personaje, el niño comprende cómo el mito empieza a colindar con la Historia. Los descalabros sufridos por el per-

sonaje son apenas una muestra del nuevo estado del mundo, del mundo en el que el hombre ha tomado conciencia, y son también una manera de advertirnos sobre el peligro de salir al exterior persiguiendo esas quimeras a las que, sin embargo, no podemos renunciar, justamente porque éstas dibujan, aún cuando parecieran absurdas, nuestro rostro más íntimo, nuestros espacios predilectos del ensueño.

He dicho que el realismo que retrata el *Quijote* es un realismo esencial. Esto quiere decir que la novela no sólo analiza lo real; tiene el objetivo de parecerse en todo a lo real. Al respecto, Stendhal proclamaba que a la novela le compete transmitir “un trozo de vida”, y creo que Cervantes lo logra con creces, pues concibe un personaje absolutamente sensible con el hecho de vivir sus intuiciones y sus valores que considera más ciertos. Mario Vargas Llosa ha apuntado en este mismo sentido que “la lección del *Quijote* consiste no sólo en analizar la realidad sino también analizar el arte en su intento de dar cuenta de esa realidad, distinguir por lo tanto una de otra”.

Por si esto fuera poco, el *Quijote* constituye un puente indispensable entre el arte popular y la alta literatura. Cervantes se antoja como un agudo observador de los juegos populares de representación, donde los personajes toman el lugar del lector, y el lector se convierte en personaje. El diálogo plural, los guiños de la representación, la diversidad acústica de las voces que se integran en el horizonte narrativo, caracterizan el trabajo artístico de Cervantes y comunican a su novela la profundidad de un espectáculo.

En efecto, el texto cervantino permite al niño asumir el relato como la representación de una obra dramática — pensemos en el autor de Comedias que fue Cervantes—, lo cual provoca en la imaginación del infante la idea del movimiento escénico, de ahí que la historia pueda concebirse no sólo como una sucesión de acontecimientos narrativos, sino como el accionar de unos personajes en escena, aspecto que intensifica la experiencia lectora como un lenguaje polimedial.

Don Quijote, a la par que los niños, no cree que la justicia, el orden social, el progreso, sean funciones de la autoridad, sino obra del quehacer de cada individuo, de su moral constitutiva, de su toma de conciencia frente a la realidad.

Otro de los motivos que el niño ve como elemento atrayente en el relato cervantino es la orientación imaginaria de la historia, pues don Quijote, al igual que el ser humano al salir del vientre materno, decide lanzarse al mundo a jugar con las posibilidades que le da la fuerza de su espíritu. Este espacio imaginativo lo identificamos por ejemplo con el símbolo de la casa, pues a eso se refiere la famosa escena de los molinos de viento. Para decirlo con palabras de Gaston Bachelard, la casa representa el lugar del ensueño, un lugar fundacional donde el individuo se siente protegido y descubre su intimidad, pero esa quietud inicial se ve interrumpida por la necesidad de la experiencia de la vida, de ahí que don Quijote al igual que el niño, salga al mundo a probar la eficacia de sus talentos y habilidades. Por otro lado, la lucha contra los molinos de viento simboliza el enfrentamiento del hombre con el mundo. Valga decir que para Bachelard el viento representa una imagen particularmente clara de la cólera cósmica. Podría decirse que el viento furioso es el símbolo de la energía pura, de la fuerza que rompe la quietud inicial y la autocomplacencia del universo: “El viento en su exceso, es la cólera que está en todos lados y en ninguna parte, que nace y se renace de sí misma, que gira y se vuelca”; por lo tanto, es un hecho cíclico permanente. Bachelard agrega que “por la cólera, el mundo es creado como una provocación [...]. La cólera funda al ser dinámico [...], el viento, *con su crujiir sibilante*, es un mordente sin el cual ninguna impresión deja huella en nuestro ser”.¹ Esta cólera se manifiesta sonoramente a través del grito, que evidencia la ruptura de la quietud contemplativa por el de la fuerza primigenia, que da origen a la dinámica cósmica y así también a la vida. Desde esta perspectiva, podemos interpretar la función simbólica de los molinos de viento del *Quijote* como una analogía del nacer del hombre entregado al ruido del mundo que no le permite escuchar su voz interior.

No es nada gratuito que el grito del que habla Bachelard podamos relacionarlo con el llanto inicial con que el hombre manifiesta su llegada a la vida. Entonces, los molinos de viento simboli-

zan ciertamente la edad de hierro o etapa de las máquinas que el hombre debe aprender a controlar —piénsese también en las distintas máquinas que enfrenta el personaje; los batanes y la aceña son ejemplos de ello—, pero al mismo tiempo connota el instrumento donde converge la tempestad creadora como donadora de poder. Esta energía cosmogónica es la que en su violencia originaria provoca el olvido que sólo a través del mito y el arte el hombre es capaz de volver a vislumbrar. Es este movimiento lúdico a través de la prueba, el que da lugar a la comprensión de la vida, entendida como un desafío contra lo establecido. No es extraño que sean los molinos de viento una de las imágenes más penetrantes de la novela, y de la que se han hecho más representaciones a lo largo de cuatro siglos.

En suma, creo que el niño aprende el mensaje superior de la novela de Cervantes, que es el significado de la libertad. Don Quijote, a la par que los niños, no cree que la justicia, el orden social, el progreso, sean funciones de la autoridad, sino obra del quehacer de cada individuo, de su moral constitutiva, de su toma de conciencia frente a la realidad. Esto es, en pocas palabras, lo que significa ser un caballero andante en términos específicamente humanos; un individuo, que motivado por un espíritu generoso, se lanza por los caminos a buscar remedio para todo aquello que anda mal en el mundo, dice Mario Vargas Llosa. Cuánta falta nos hacen nuevas generaciones de niños y jóvenes con ese espíritu quijotesco.

Sean éstas algunas de las razones que deban llevarnos a leer en compañía de nuestros hijos una historia profundamente humana, porque es seguro que cada lector —en su alma todavía de niño— logre encontrar la posibilidad de soñar, de reír y de jugar, de permitirse, en fin, una mejor manera de imaginar la vida.

¹ Docente-investigador de la UACJ.

² *El aire y los sueños* (trad. Ernestina de Champourcin). FCE, México, 3ed., 3ª ri. [Breviarios, 279], p. 278.